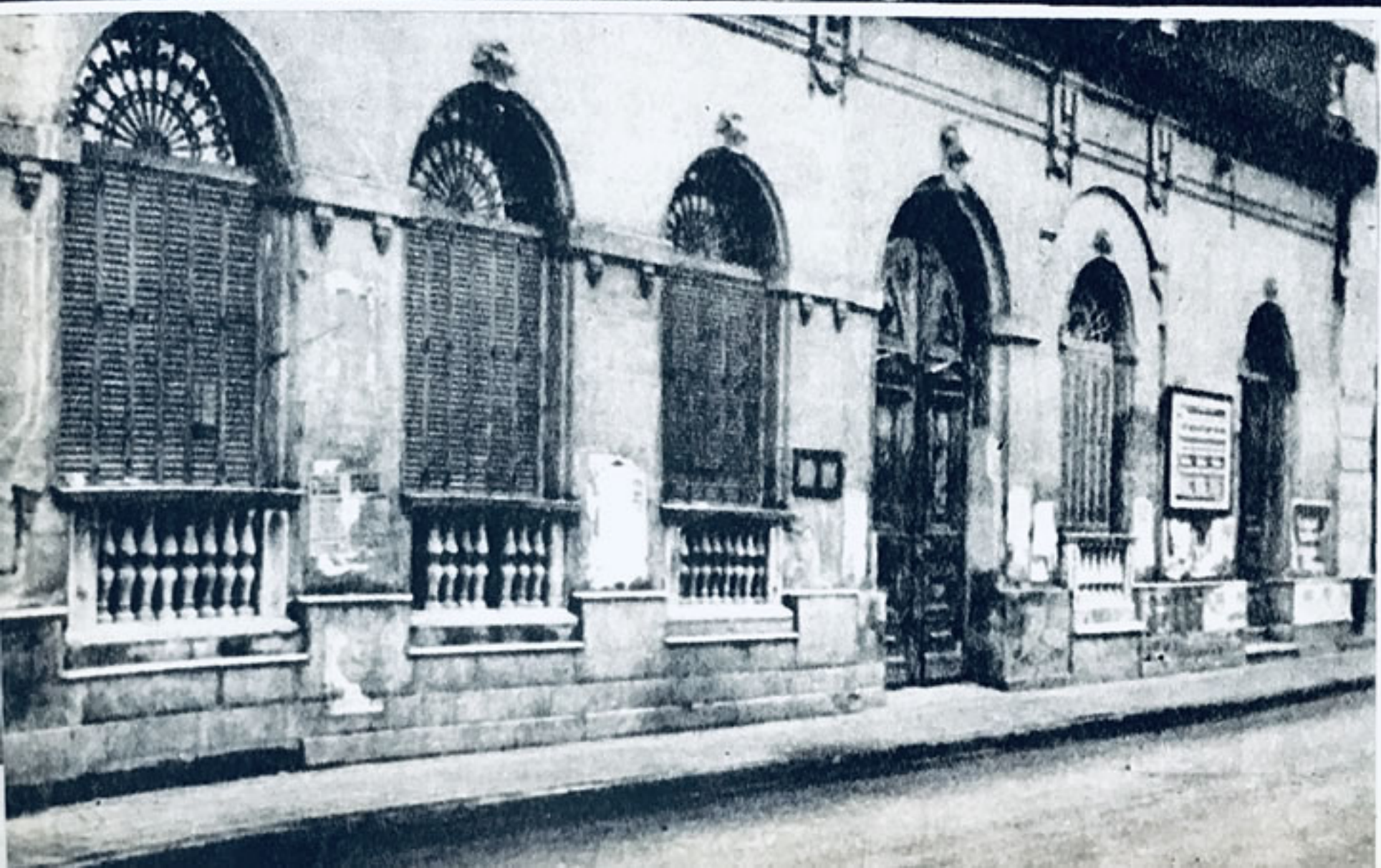


por Carlos Páez de la Torre (h)

Desde los comienzos del siglo XIX y hasta su terminación, la familia Posse ocupó la primera línea del poder social, político e intelectual de la provincia. Nada tenía que ver con eso la tradición colonial: llegados cuando San Miguel de Tucumán ya tenía más de dos siglos de fundada, poco les costó ganar altas posiciones dejando atrás a los viejos linajes provincianos y entre no pocos flechazos de los resentidos. Formidables como clan, a pesar de sus disensiones ocasionales, los Posse fueron también relevantes como individuos.

LOS POSSE DE TUCUMÁN





Eran parientes de Julio Argentino Roca —la abuela de éste, María Antonia Tejerina de Roca, era prima hermana de Agueda Tejerina de Posse—, gozaban de una inédita familiaridad con Sarmento y estuvieron aliados, en todas las contingencias, con el atormentado cura José María del Campo, azote de Dios de las montoneras en Tucumán, gobernador y hombre de batalla. Ello podría explicar la importancia que tuvieron

LOS POSSE

en la historia provinciana, pero no es suficiente.

Es que había mucho más que las vinculaciones afortunadas o el poder económico para afianzar su prestigio y su peso en el medio. Eran las innatas condiciones para mandar y sobresalir, el saber cuándo jugarse y cuándo permanecer en silencio,

la grandeza para actuar en un medio que les quedaba chico pero que fueron incapaces de abandonar.

Hoy, no son menos fantasmas que cualquier otro nombre de la historia tucumana. No puede decirse que no quede descendencia de ellos, pues por los cuatro puntos del país se diseminan todavía los Posse de origen tucumano. Pero son otra gente y otro tiempo. Sobreviven únicamente en la crónica, escrita o hablada de sus hazañas, de sus desbordes, de su sentido constructivo o destructivo según las veces, de su empeño batallador, de su prepotencia. Habría que ser novelista para pintarlos, incrustados en su tiempo, con el telón de fondo de la aldeana ciudad, sus altiveces y miserias.

DEFENSA

EN

PRIMERA INSTANCIA

DE LOS REOS

JOSÉ CIRIACO, MANUEL MIGUEL, BENJAMÍN Y EMIDIO POSSE,

ACUSADOS COMO PARTICIPES EN LA REVOLUCION
QUE ESTALLO CONTRA EL GOBIERNO DE TUCUMAN
EL 16 DE ABRIL DE 1856.

POR EL

D. D. BENIGNO VALLEJO.

" No conosco función mas augusta, tremenda y santa que la de un presidente de tribunal criminal; pues en el ejercicio de su poder, se presenta la fuerza, religión y justicia, y reúne la triple autoridad de rey, sacerdote y juez".

CORMENIN.

BUENOS AYRES,

IMPR. DE J. A. BERNHEIM, CALLE DEFENSA, 73.

1856.

En la "revolución de los Posse", de 1856, fueron procesados José Ciriaco, Manuel, Benjamín (padre) y Emilio Posse, además del ex gobernador del Campo. En este folleto se imprimió la defensa que hizo, de los Posse, el abogado riojano Benigno Vallejo. En cuanto a del Campo, fue defendido por Nicolás Avellaneda.

EL PRIMERO

No se sabe de donde vinieron los Posse. En las conversaciones tucumanas sobre su genealogía, los entendidos solían persistir en una fantástica versión acerca de orígenes suecos y marineros. La "Heráldica de Galicia" de Crespo Pozo les adjudica un blasón y hace descender de ellos a los condes de Torre-Cedeira. Lo concreto es que fueron tres, y españoles, los hermanos Posse que arribaron al Plata, en la segunda mitad del siglo XVIII, Manuel, Gerardo y Francisco.

Los tres se casaron en el país y tuvieron numerosa descendencia. Nos interesa sólo don Manuel, que se radicó en Tucumán, y con quien se inicia la rama local de esta familia histórica. Eran nacidos en Camariñas, provincia de La Coruña, y sus padres fueron don Antonio Posse y doña María Blanco.

Hay un retrato de don Manuel, pintado por Amadeo Gras en 1834. Se destacan los ojos duros y penetrantes, en este español que fue alcalde ordinario, reiteradas veces miembro del Cabildo tucumano, y a quien las crónicas señalan unánimemente como el potentado en la ciudad de su tiempo. Nacido hacia 1744 en Camariñas, llegó mozo a las playas del virreinato y se estableció en Tucumán. El 22 de mayo de 1783 se casaba con doña Agueda Tejerina y Domínguez, ilustre y bella dama hija del alcalde Fermín Tejerina, a quien llevaba veinte años de diferencia. Tuvieron muchos hijos: José Víctor, Simón, Rosario, Francisco, Vicente, Luis, Manuel, Felipe y Ramona. Don Manuel murió sin haber visto disminuida en un real la fortuna que amasó con los almacenes, la caña de azúcar, los cue-



Don Manuel Posse, español, el primero que se afincó en Tucumán. Amadeo Gras lo retrató así, en un óleo que conservan descendientes cordobeses.



Doña Agueda Tejerina de Posse, tía del general Roca, fue autora de una vibrante proclama a la mujer tucumana, cuando las invasiones inglesas.

ros y las carretas. Al parecer, se aclimató perfectamente a los aires tucumanos y no se le movió un pelo cuando, desde su asiento de regidor, asistió a la votación en que el Cabildo se adhería a la Junta Provisional Gubernativa instalada en Buenos Aires el 25 de mayo de 1810. Su mujer, doña Agueda, fue autora de la famosa proclama a la mujer tucumana con motivo de la invasión inglesa, que suele citarse como ejemplo de pasión patriótica.

FELIPE EL HERMOSO

En la segunda generación — los Posse Tejerina— la figura de don Felipe Posse atrae inmediatamente por su colorido. Ignacio Baz lo retrató dos veces, en el apogeo y en la declinación. Los ojos celestes, la bizarra apostura varonil, el mentón romántico del joven sirven para afirmar la dura magia que brota del viejo ciego, en esas telas decididamente sugestivas. Nacido el 30 de abril de 1806 en Tucumán y en cuna de oro, nada le costó multiplicar la gruesa herencia de don Manuel. Siguió en el comercio y se lanzó también a la fiebre azucarera, bautizando "San Felipe" al ingenio

que instaló en los Aguirre, hacia 1870, donde rugían 7 motores a vapor y 1 hidráulico, en 1882. Su caserón de frente a la plaza, "de un piso, con dos grandes patios, el primero de ellos octógono, rodeados ambos de elegantes galerías y columnas esbeltas" fue "el primero que se pintó al óleo en la ciudad", según Arsenio Granillo. Perteneció después a los Nougés y al Club Social, sucesivamente.

Su figura se asocia, rápido, con la de Paul Groussac, y habría que ver cuál de los personajes de "Fruto vedado" tiene como clave a este señorón de vidas y haciendas durante sus tiempos tucumanos. Recién llegado, Groussac vivió en un departamento propiedad de don Felipe, y vecino a su casa, sobre la actual calle San Martín. El francés frecuentó su casa y se enamoró sucesivamente de dos de sus hijas. Pero ya por entonces don Felipe estaba ciego. Lejos quedaban los tiempos en que conspiraba contra Alejandro Heredia, cuando sólo la intervención de Alberdi pudo salvarlo de la última pena, en 1834. Varias veces diputado a la Sala de Representantes, don Felipe arrimó el hombro en muchas gestiones difíciles: con don Patricio Acuña, y por comisión

de Celedonio Gutiérrez, requirió vestimentas para los soldados que debían combatir la montonera (octubre de 1853); en el empréstito del mismo año, con Lorenzo Domínguez y Crisóstomo Villar se encargó de sacarles el dinero a los reticentes; con Vicente Gallo, Manuel Paz, Sisto Terán y Lorenzo Duhart, formó la comisión distribuidora de tal empréstito entre propietarios y comerciantes; figuró entre los encargados de allegar fondos para "la expedición a las tribus bárbaras del Gran Chaco". Por la acción de Posse, unida a la de don Juan Manuel Terán, Fortunato Baudrix y el cura Cornelio Santillán, fue posible habilitar el hospital de la Sociedad de Beneficencia (1858).

Dicen que en sus últimos años recomendaba a sus hijos que jamás negaran limosna a un ciego. El estaba sabiendo en carne propia lo que era ese infierno. Murió el 30 de junio de 1878. Su mujer —y sobrina— doña Rafaela Posse Insúa, lo sobreviviría casi cuarenta años.

DON PEPE O EL VITRIOLO

El célebre corresponsal de Sarmiento, don José Posse —hijo de Simón Posse Tejerina y de Josefa Insúa, porteña y pelirroja— era nieto de don Manuel, sobrino carnal de don Felipe y y primo hermano de don Wenceslao. Paul Groussac lo recuerda muchas veces en sus libros y le dedicó, inclusive —con "Un ami de Sarmiento"—, un integro artículo en "Le Courier Français" (1895):

J'ai beaucoup connu M. Posse, Don Pepe, comme il faut dire là-bas pour être compris. Je l'ai eu pour ami, pour recteur et naturellement, pour ennemi, ou plutôt pour adversaire, comme tout le monde... Ce fut vraiment —qu'il me pardonne parler de lui au passé: il est a la retraite!— une intelligence de premier ordre.

D'ailleurs, sans aucune érudition sérieuse. Il en était resté à son acquis du Chili, à côté du Sarmiento de Civilización y Barbarie, qui mélaît Fortoul, Pascal et Eugène Sue dans ses admirations. Mais il avait l'instinct irremplaçable, le sens inné du style. Quelques lectures aventureuses avaient suffi à l'aimer, bien plus que le contact de Sarmiento dont il n'avait aucune des qualités ni des défauts littéraires. La couleur, la puissance créatrice, la fougue exhubérante de Sarmiento, lui manquaient autant que son mauvais goût rutilant et son insouciance hardiesse. Mais

Posse avait le trait, la forte et mordante sobricété, la fleche barbelée qui s'enfonce dans le but et y reste, vibrante; — enfin, une étonnante rencontre de la ligne classique. Ce journaliste de province devinait La Bruyère, qu'il n'avait, je crois jamais lu...

Después, en sus recuerdos tucumanos de la década del 70, volvería una y otra vez sobre la descripción de Posse, un personaje que sin duda lo subyugaba más allá de cualquier crítica.

En "Los que pasaban" apunta que:

"Aquel Tucumán de 1871 formaba un conjunto patriarcal, en que no era nota disonante ni rector, don José Posse; hombre de talento y real instinto literario; gran amigo de Sarmiento desde Chile, y que vivía enemistado por tanda con media población, zahiriendo hoy, por aburrirse de ellos, a los mismos que acariciaba ayer. De estas fases lunarias —o lunáticas— no se salvaron los candidatos presidenciales, pues se adhirió sucesivamente a los tres. Habíame recibido con especial agasajo, honrando la recomendación que desde Buenos Aires le hizo de mí don Ezequiel Paz: duró más de un año mi privanza, hecha más íntima por simpatías caseras, además de nuestro común avellanismo periodístico. Ello no impidió que, a fines del 73, habiendo él entrado en su fase mitrista, solicitase y obtuviese de Sarmiento mi separación."

Agrega Groussac que

"Algunos años después volví al favor del atrabiliario don Pepe; pero ya entonces la cosa tenía menos gracia, siendo ya, como inspector general de colegios, su superior jerárquico".

Otra vez, en la segunda serie de "El viaje intelectual", el maestro no puede evitar la vocación de don Pepe, en la misma época:

"El rector, don José Posse, escritor de talento natural e íntimo amigo del presidente Sarmiento, era un político en disponibilidad que desempeñaba sus funciones sin excesiva rigidez, procurando aburrirse en ellas lo menos posible, de acuerdo con la indolencia provinciana y dentro de los pocos recursos que aquella insula Barataria ofrecía. Al pronto, y sin perjuicio de mudanza ulterior, nos caímos mutuamente en gracia: yo a él por mi juventud y mis ribetes de plumista; él a mí —fuera del ascendiente jerárquico— por su escepticismo donairoso, y a cuya sal y pimienta agregaban sabor los atractivos de cierta sobrina

LOS POSSE

suya, entre tantas como tenía".

La reacción de Groussac, a causa de la cesantía, constituyó una de las más violentas cargas que se dirigieron contra él "La Bruyère" de provincias. Groussac recordaría: "Je bâclai sur mon persécuteur quelques articles d'assez bonne encre. Heureux temps, heureuses folies!" Posse, sin embargo —y a diferencia de lo que ocurriría en el caso de Juan de Cominges— no contestó. El vicerrector, Pedro Arnó, salió a la palestra con muy poca suerte: Groussac lo ridiculizó ferozmente.

cura del Campo. Varias veces desempeñó el Ejecutivo como interino, y fue gobernador titular de 1864 al 66. Camarista y juez, diputado al Congreso de Paraná (1856-58), senador nacional suplente por la capital (1858), fiscal de Estado, constituyente del 60, comisionado nacional con Anselmo Rojo en Santiago del Estero, fue desde el rectorado del Colegio Nacional o desde el periodismo que ejerció su innata predisposición a la pelea, a la polémica cuanto más encarnizada más atractiva.

"El Conservador", "El Comercio", "El Liberal", "El Argentino", "El Independiente", "La Razón", en Tucumán, así como

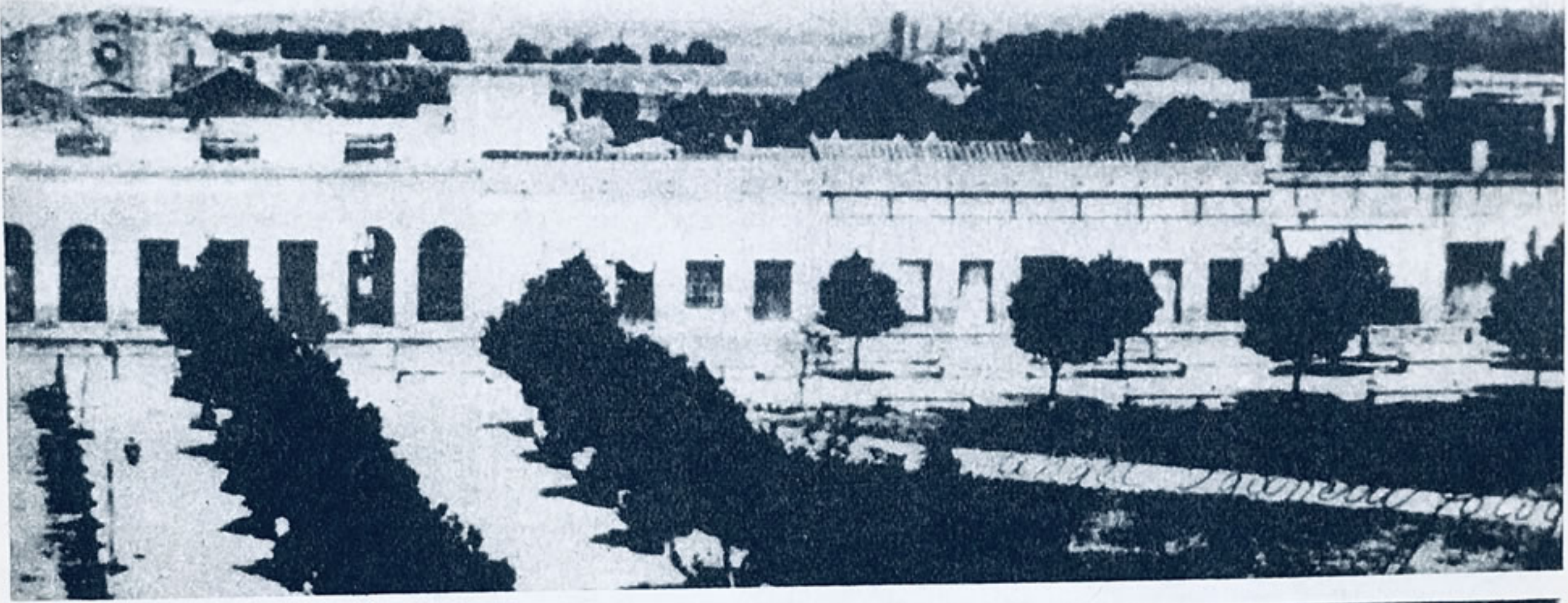


Don José Posse (izquierda), célebre polemista y hombre de gobierno, aparece junto a su íntimo amigo, Domingo F. Sarmiento.

Don Pepe Posse fue todo en su provincia. Legislador en tiempos de la Liga del Norte, emigró a Chile de 1841 al 44. También para él fue oportuna la manse dumbre del "Peludo" Celedonio Gutiérrez, que no sólo le permitió regresar, sino que lo nombró defensor de Pobres (1844) y después ministro de Gobierno (1852). La opinión lo sindicó como responsable del fusilamiento de Crisóstomo Álvarez, y no faltó el intendente que bautizara "Crisóstomo Álvarez" a la calle donde él vivía, para picarlo y como venganza de sus escaramuzas periodísticas. En 1853 fue otra vez al ministerio, durante el gobierno del

"El Nacional" o "El Censor" en Buenos Aires, fueron los diarios que acogieron la colaboración de Posse, siempre cáustica, siempre original. En sus cartas con Sarmiento, en esos artículos de batalla, en las tremendas polémicas con don José Padilla o don Juan de Cominges, está entera la independencia con que don Pepe rechazó, sin hesitar, las altas posiciones nacionales que le fueron ofrecidas. Prefirió quedarse y envejecer en la aldea natal.

Es célebre su rectorado en el Colegio Nacional. Recuerda Gregorio Aráoz Alfaro que: "bastaba su acción de presencia un rato cada día, un corto paseo,



La vereda de la calle Laprida primera cuadra, frente a la plaza Independencia de Tucumán, en la segunda mitad del siglo XIX. La larga casa de la izquierda pertenecía a don Felipe Posse.

alrededor del claustro, haciendo resonar rítmicamente las baldosas del piso con los golpes de su clásico bastón, para que todo el colegio sintiese el influjo de su autoridad y su prestigio”.

Ya viejito, quisieron darle una pensión, pero él la rehusó insistiendo que era su “resolución irrevocable, no aceptar pensión alguna por servicios que ya pasaron y que en su tiempo y ocasión fueron remunerados según su mérito”. Con una gorra y un bastón, paseaba su ceguera por las calles de la ciudad que tanto había conocido y que había gobernado más de una vez. Ya casi no tenía contemporáneos y se sentía que estaba viviendo demasiado. Por eso se cuenta

que retó malamente al comedido que, tras auxiliarlo en un porrazo suscitado por su falta de vista, lo condujo amablemente a su casa. “¿A quién debo agradecer esta atención?” preguntó don Pepe. Al oír el nombre — que era el de uno de sus enemigos políticos de antes— levantó los puños al cielo y prorrumpió a gritar, enfurecido: “¡Qué desgracias, Señor, ser viejo, ciego y enfermo, caerse en la calle y que venga cualquier sinvergüenza a socorrerlo!”

Don Pepe murió en Tucumán el 28 de abril de 1906, a los noventa años. Era el más viejo de los periodistas del país y, al mismo tiempo, uno de los últimos testigos vivientes del tiempo



Don Felipe Posse tenía singular apostura física. Así lo evidencia este óleo de Ignacio Baz.

Sobre ese interesantísimo personaje que fue el cura Campo, escribía Julio P. Avila en 1900:

“El recuerdo de Campo es imperecedero en todas las clases sociales de este pueblo. Aun se oye decir a cada paso y con motivo de cualquier hecho sea ó no importante: «Eso ocurrió en tiempo de Campo», «Después de la batalla tal, Campo entró por ésta o aquella calle»; «Fulano fue llamado al Cabildo por Campo», etc. ¡Cuántas veces siendo niño, no nos hemos parado en la vereda para mirarlo, cuando en los últimos años de su vida atravesaba el lento andar de su caballo colorado las tranquilas calles de la ciudad, enfermo de cuerpo y al parecer del alma, pero conservando aún todo el fuego de aquel mirar que solo tenían sus ojos! En lugar de la bota militar con espuelas de plata, calzaban sus pies enfermos, zapato de negro paño; en sus manos, en vez de la espada del combate, apenas si se sostenía

un delgado látigo de larga trenza que llevaba, más por costumbre, que por necesidad de animar su caballo que no tenía otro andar que el tranco; y en vez del airoso sombrero que en los combates y en sus animadas y violentas conversaciones movía sin cesar á un lado y otro de su cabeza, haciale sombra otro de modestísimo aspecto, de anchas alas, caídas con preferencia sobre sus cejas perfectamente perfiladas. ¡Ese es Campo! decían niños y hombres, después de mirarlo atentamente por espacio de minutos, mientras él, sin reparar en nada ni en nadie avanzaba melancólico, al tardío andar de su manso colorado como queriendo decir: ¡Tucumán, te tuve! ¡Este es el mundo!” (“Revista de Tucumán”, VIII, 25-10-1900).

de Rosas. Hay muchas fotografías de don Pepe, de viejo y de joven: en todas, los grandes y helados ojos celestes dan imponencia e interés a una figura rígida, enérgica, con bigote poblado pero breve y un mechón enrulado sobre la frente.

DON WENCESLAO, EL PIONERO

Sobrino de don Felipe —hijo de su hermano Vicente Posse Tejerina, y de la santiagueña Sabina Talavera— don Wenceslao Posse mantuvo y aumentó la importancia social de la familia. A él, no sólo le importó el comercio, donde tuvo toda la suerte y la visión necesarias, sino la política. Recordaba haber hecho sus primeras letras en la escuelita de San Francisco, donde las letras se aprendían dibujándolas en un cuadrado de arena mojada. Recio de físico y con la mirada penetrante que era su sello familiar, Lola Mora reconstruyó su efígie a la carbonilla para la galería de los gobernadores, mostrándolo en la juventud, con la negra barba bien poblada.

Don Wenceslao anduvo, en negocios por todas las provincias del noroeste y por Buenos Aires. Jugado como estaba en el antirrosismo, debió ser fusilado luego de la derrota de Chascomús, en 1839. Estuvo en la Liga del Norte contra Rosas y debió huir después de la batalla de Famallá, para escapar a las iras de Oribe y Celedonio Gutiérrez.

Desde el exilio, se casó por poder con doña Tomasa Posse, su parienta. Pero la persecución del "Peludo" Gutiérrez no fue tan fuerte como parecía en los vociferantes bandos iniciales. A poco de andar, el tigre se amansó, y puntualmente fueron regresando a Tucumán la mayoría de los emigrados, Salustiano Zavalia y don Wenceslao, entre los más importantes. Algunos, inclusive, volvieron a sentarse, como si nada, en la Sala de Representantes. Después de todo, la única hija del "Peludo", doña Zoila Gutiérrez, acababa de entroncar con la más relumbrante aristocracia lugareña al casarse con el doctor Exequiel Colombres.

En 1845, Posse instaló el ingenio "Esperanza", en el primer distrito del departamento de Cruz Alta. Fue un pionero en la modernización de la industria y su fábrica superó velozmente a la veintena de chancaqueras que se desplegaban por el mapa de la provincia. Después del fallido intento de don Baltazar

LOS POSSE

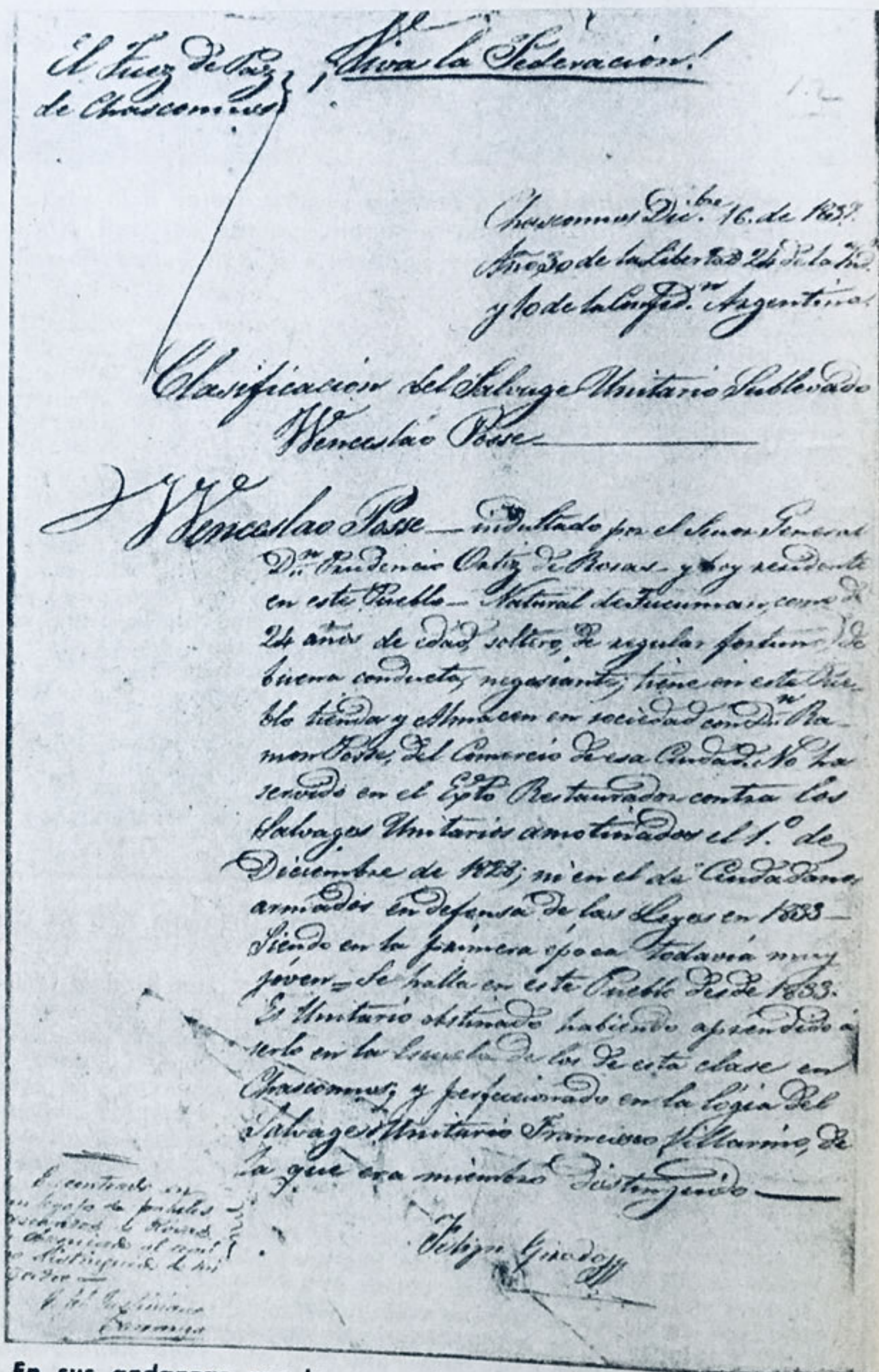
Aguirre (1858) fue Posse el primero en instalar las centrifugas a vapor. El ingenio creció incontestablemente. La vista no llegaba al final de ese formidable feudo que era Esperanza, reino indiscutido de don Wenceslao Posse y baluarte de su formidable influencia política y social.

En 1856 se sentó en la Convención Provincial que sancionó el 13 de marzo, la constitución. A nadie extrañó que, en abril de 1866, don Wenceslao fuera

ungido gobernador de la provincia en cuyos destinos económicos tanto tenía que ver. Fue el segundo "gobierno de los Posse", afianzado por la cuantiosa parentela que sofocaba, aquí y allá, cualquier intento de revuelta.

Era don Wenceslao hombre aguerrido y de batalla. Para sofocar a los alzados de Cuyo (1867), salió a campaña de inmediato, mientras don Angel Arcadio Talavera, "el tuerto", quedaba encargado interinamente del mando: la aventura se prolongó de febrero a abril.

El 30 de junio de ese año, una



En sus andanzas por la campaña bonaerense, don Wenceslao Posse militó activamente contra Rosas, en 1839. El juez de Paz de Chascomús lo calificó como "salvaje unitario sublevado".



Celedonio Gutiérrez: su mansedumbre permitió regresar a muchos exiliados tras el fracaso de la Liga del Norte contra Rosas. Don José Posse: fue un periodista bravío de los tiempos de la organización. El doctor David Posse: médico enérgico, se destacó en el cólera de 1886-87. Don Wenceslao Posse: la artista Lola Mora lo retrató a la carbonilla, reconstruyendo su imagen de los años mozos.

revolución depuso a don Wenceslao Posse armada por los liberales decentes. Su primo, José Posse, declarando que él era "el alma" del gobierno derrocado, la describió a Sarmiento con amargas palabras:

El gobierno depuesto había hecho conocer, con mucha anticipación, su decisión a trabajar por su candidatura, dispuesto a llevar su influencia legítima a las provincias circunvecinas, donde realmente tenía un alcance eficaz. En esto estuvo el peligro y de ahí vino su catástrofe".

Según él, el recién muerto Marcos Paz, vicepresidente de la Nación, había autorizado y estimulado la revuelta, diciendo a uno de los principales opositores: "¿Qué hacen ustedes que no echan a balazos al fraile Campos?". Campo era ministro de don Wenceslao, como lo había sido de don Pepe. Terminó así el gobierno de don Wenceslao, pero no se apagó su gravitación pública. Vivió un tiempo en Buenos Aires, donde compró vastas extensiones de tierra en Lobería. Junto a Mariano Unzué, Manuel Aguirre, Benjamín Zorrilla, Antonio Devoto, Juan Aldao, Antonio Sala y Luis Andrade, integró la comisión de las Obras de Salubridad de la Nación, que presidía Eduardo Wilde, y donó sus sueldos para mejorar la instrucción pública: hoy, una escuela en el centro de Buenos Aires (Suipacha segunda cuadra) lleva su nombre. Es tradición que el gobierno nacional, en un apuro, debió recurrir a las arcas de don Wenceslao para buscar dinero prestado.

El 3 de enero de 1900 murió don Wenceslao Posse, amigo de Sarmiento y primo de Roca.

Las ruinas de su señorial casa pueden advertirse todavía hoy, en la segunda cuadra de calle Laprida. Según Granillo, el palacete tenía "aspecto solemne y majestuoso". Ahora, mirando por las rendijas del gran portalón desvencijado o por las persianas, puede advertirse la injuria del tiempo, los árboles que estallan por medio de los pisos que caminó tanta gente importante, las paredes mostrando la huella de cuadros, espejos y molduras. A los últimos años de don Wenceslao pertenece otro retrato conocido, donde las largas patillas blancas han reemplazado a la barba, y donde la mirada, aunque autoritaria, ya tiene algo de cansancio, de distancia.

DON JUAN, EL CIVICO

Don Juan Posse era hermano de don Wenceslao. Lo bautizó de socorro el obispo José Eusebio Colombes, y el 18 de octubre de 1840, "de... (¿un?) año, tres meses y veinte y seis días" le puso, en la Catedral, óleo y crisma. No escapó al destino que, ya por entonces, tenía su familia. Le era familiar el poder, el mando: se sabía capacitado para manejar esa provincia donde ya tenía dos generaciones, y la cosa política lo atrajo desde joven.

Formó parte de la Municipalidad de la Capital, del Colegio Electoral Permanente, de la Cámara de Diputados. En lo económico, afianzó lo heredado fundando, en 1870, el ingenio San Juan, a cinco kilómetros de la capital y en el punto llamado La Banda. Quince cuerdas de caña y un trapiche de hierro movido por mulas fue la

estructura con la cual pudo ponerlo en marcha. En 1882, se asoció con don Leocadio Paz, recio jinete y estanciero de Trancas: la firma "Paz y Posse" nació de esa alianza.

El 16 de setiembre de 1886, don Juan Posse asumió la gobernación de la provincia. Atrás quedaba el breve mandato de don Santiago Gallo, sacudido por las intrigas políticas, por los duros ataques de la prensa, por los enconos del oficialismo y la oposición. A don Juan le tocaron todas: primero fue la epidemia del cólera de 1886-87, que dio muerte a más de 5.000 personas, y en el transcurso de la cual la ciudad y la campaña vivieron horas de terrible memoria. Después, ni bien ido el cólera, halló que su postura de enfrentamiento con Juárez Celman y el "unicato" se estaba haciendo insostenible. La manija del presidente apretaba cada día más: no había un peso para Tucumán, y encima debía aguantar todos los días la insolencia de los enganchados nacionales —que desfilaban al mando del teniente Maximiliano Márquez, "con el sable desenvainado" frente al Cabildo— la desenfrenada licencia del pasquin "La Porra", que dirigía Silvano Bores, director de la Escuela Normal. En fin, el alumbramiento de toda una rebelión frente a sus propias barbas y su impotencia.

Juárez siguió oprimiendo el torniquete. Don Juan mandó a su hermano Emidio a tantear el ambiente en Buenos Aires. Se le dijo que era difícil, pero había una manera: nombrar diputado nacional al "enfant gâté" de Juárez, el director de "El Figaro", su sobrino Benjamín Posse. Como veedor del gobierno

nacional, llegó a Tucumán el doctor **Salustiano J. Zavalia**: hijo del constituyente, había nacido en la provincia pero se lo consideraba cordobés por matrimonio y residencia. Pocos lo querían. Zavalia empezó a recibir exposiciones y memoriales sobre lo que pasaba, mientras el clima político iba creciendo en nubarrones.

El 12 de junio de 1887, las peonadas del ferrocarril nacional, armadas por el juarismo, entraron a saco en San Miguel de Tucumán. El ministro **Ignacio Colombres** (tenía 28 años), logró encaramarse al Cabildo, confundido con los alzados, y allí armó una precaria pero aguerrida defensa contra la invasión. Acantonados en la plaza, los juaristas ametrallaron a mansalva a los hombres del gobernador, que se encontraban en una función en la Catedral. Las balas se dirigieron al interior del templo: hubo muchos muertos y heridos, y la heroica resistencia del doctor Colombres no pudo sostenerse mucho más. Manchado de pólvora, con la ropa hecha jirones y enfermo, el bravo ministro marchó a su casa para morir pocos días después, de una dolencia que esa agotadora jornada precipitó inconteniblemente. El empleado nacional **Chapeaurouge**, jefe de la administración del Ferroca-

LOS POSSE

rril, fue quien condujo preso a don Juan Posse. Su casa fue asaltada. Según el relato de **Delfín Gallo** en el Congreso: "el gobernador resistió, con **Pedro Sal** y un sirviente, por cerca de media hora, al cabo de cuyo tiempo los revolucionarios echaron abajo la puerta y entraron. Una vez adentro han hecho pedazos escritorio, mesas, aparadores, bibliotecas, sillas, caja de hierro y todo lo que encontraron a su paso. Luego, con miel que había en la despensa, regaron hasta los alfombrados. Han hecho pedazos roperos, sacando atados de ropa".

El niño **Vicente C. Gallo**, desde los altos de su casa —hoy Colegio Santa Rosa— vio aterrizado todos los desbordes, y se los relató por carta a su tío **Delfín**, el diputado nacional. Y fue la voz del tribuno que, blandiendo la carta infantil, denunció ante una cámara absolutamente indiferente el atropello consumado. Tres años más tarde, la Unión Cívica tuvo a don Juan Posse como su líder indiscutido en Tucumán. "¡Vivan Juan Posse y el doctor Alem!", gritaba la gente por las calles cuando, en 1894, el barbado caudillo visitó Tucumán. Una foto célebre los

muestra juntos: están también, allí, **Aristóbulo del Valle** y **Francisco Barroetaveña**.

En 1902 lo eligieron diputado nacional por Tucumán. Ese cargo tenía cuando le llegó la muerte, el 20 de enero de 1904, en su estancia de **Sauce Yaco**. Para amigos o adversarios, don Juan Posse quedó como un símbolo: el de la resistencia civil tucumana a la prepotencia nacional.

EMIDIO, UN HOMBRE SERIO

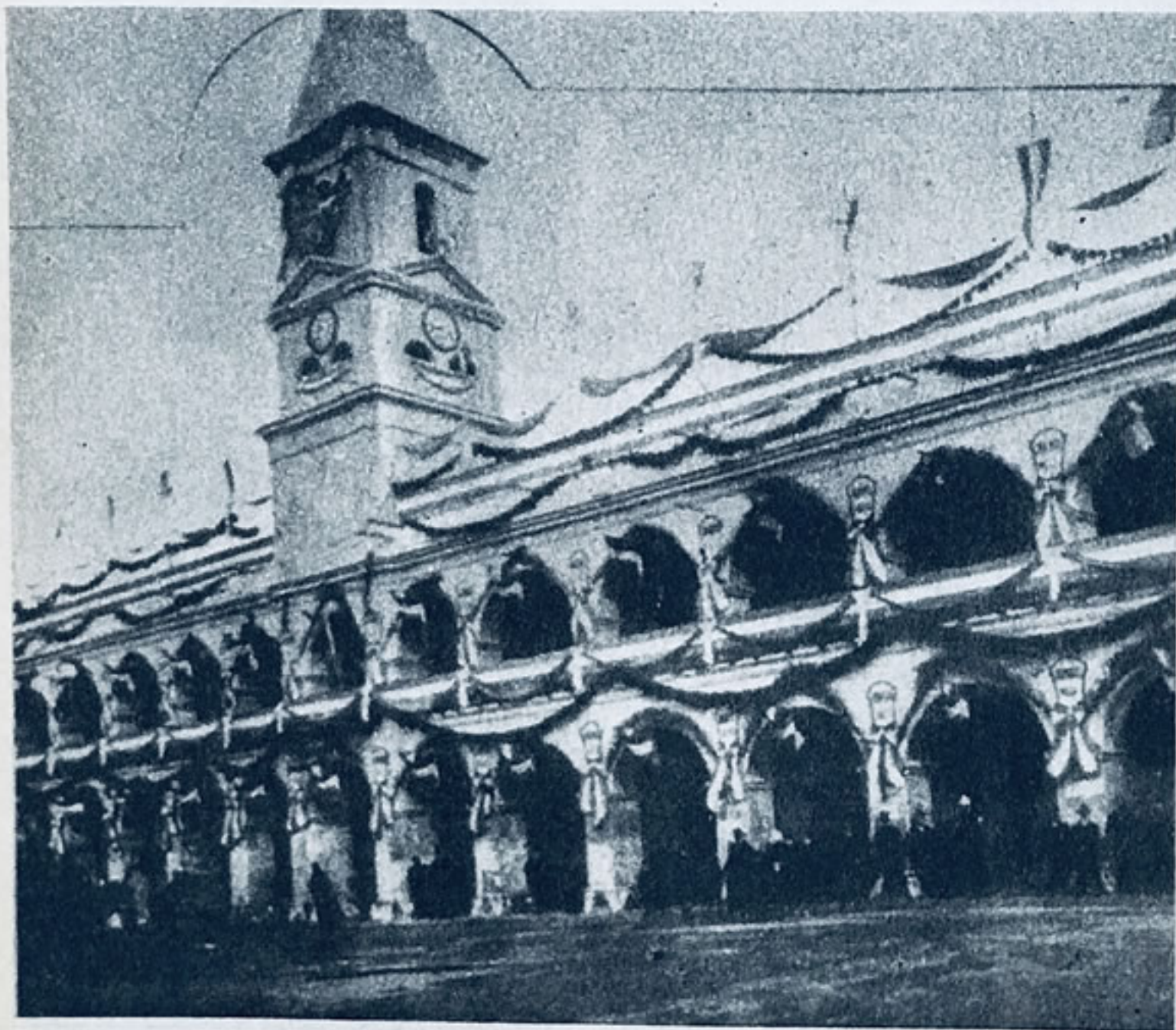
Hermano de don **Wenceslao** y don **Juan**, **Emidio Posse** nació en Tucumán hacia 1830. No ha quedado retrato de él en parte alguna: según referencias familiares, era más bien bajo, moreno con ojos verdes y gustador entre las mujeres, aunque se mantuvo tenazmente soltero. En 1853 empezó a figurar en política, como miembro de la Sala de Representantes, o como elector del gobernador **José María del Campo**. Tuvo un ingenio en **Lules**, "**La Reducción**", que después vendió a los hermanos **Leudesdorf**. El gobernador **Domingo Martínez Muñecas** le confió (febrero de 1880) el ministerio general de Gobierno, que conservó hasta el fin de esa administración.

El 14 de agosto de 1880, escribe a **Roca**:

"¡Adelante! mi querido **Julio**: es preciso aprovechar la victoria y constituir, definitivamente la República; es decir, darle lo que les faltaba a los que no han tenido casa propia en qué alojarse, para que los propietarios no vengan a levantarles el alquiler o echarles los muebles a la calle. La Capital es una necesidad de existencia y fuerza, en derecho... Ayer, **Nougués** (**Miguel**) ha sido elegido gobernador (se lo comuniqué por telégrafo). Todos los que hemos sostenido aquí la candidatura de usted para presidente, hemos de rodearlo y sostenerlo".

De 1882 al 83 volvió a la Sala. En 1884 fue elegido diputado al Congreso de la Nación, con los doctores **Luis F. Aráoz** y **Agustín de la Vega**. Allí estuvo hasta 1886, y regresó a Tucumán justo para arrimar el hombro a su hermano **Juan** en los conflictos que sacudieron su administración. Cuando supo que **Juárez Celman** se preparaba a estrangular a ese gobierno indócil, marchó a **Buenos Aires** buscando sacar las castañas del fuego. **Delfín Gallo** recordaría esa gestión que no tuvo éxito:

"Don **Emidio Posse** va a Tucumán y dice a nuestros amigos que era indispensable nom-



El Cabildo de Tucumán, sede de las autoridades provinciales desde la colonia hasta 1908 en que se lo demolió, aparece engalanado con banderas, y gallardetes para una fiesta patria. Varios Posse ocuparon allí asientos de gobernadores.

brar diputado a Congreso al señor Benjamín Posse, redactor de El Figaro, porque de otro modo caería la situación de Tucumán. Don Emidio Posse es un hombre muy serio; la mayor parte de la Cámara lo reconoce”.

Al estallar la revolución, se jugó en el entrevero para defender a su familia, y terminó arrestado en el piso alto del Cabildo, junto con otros leales al gobernador: Sisto Terán, Ignacio Colombres, Vicente Terán, Santiago y Vicente Gallo (padre), Ezequiel Padilla, Florencio Sal, Lucas Zavaleta, Clementino Colombres, Delfín Jijena, entre otros, además de “todos los hombres de alguna importancia de la campaña, y muchas otras personas distinguidas”, según el relato de Gallo.

Después de esas turbulencias, Emidio Posse se eclipsó lentamente del escenario político: la decepción y la enfermedad que empezaba a molestarlo contribuyeron a ello. Primero fue la parálisis, después, ya no pudo hablar. Buscando mejoría se trasladó a la casa que su sobrino político Manuel Borton tenía en Villa Alberdi, y allí murió, el 4 de setiembre de 1895. En su testamento (1888), dejó heredera a la señora de Borton, doña Josefa Posse, “sobrina por el nacimiento, hermana por la crianza y por el corazón mi hija”.

Tanto le atrajeron los entreveros políticos, que actuó en primera línea en la “revolución de los Posse”, planteada el 16 de abril de 1856 contra el gobierno. Junto con José Ciriaco, Manuel Miguel y Benjamín Posse, fue procesado: su cuñado, el doctor Benigno Vallejo, tuvo que defenderlo en esa causa célebre. En las “Memorias de un viejo”, Vicente Quesada se acuerda amablemente de don Emidio Posse. Para la gente de hoy, inclusive su parentela, es un total desconocido. Una calle de Lules recuerda su nombre.

BENJAMÍN, EL POLEMISTA

El diario “El Orden”, dirigido por el doctor Ernesto Colombres, insertaba en su edición del 13 de noviembre de 1885 el siguiente suelto:

BENJAMÍN POSSE. El crapulón Benjamín Posse, el perro de presa de Juárez hoy, como antes lo fuera de cuantos le pagaron, sin perjuicio de fustigarlos luego de la manera más soez; el que en su vida pública no tiene sino porquerías, y en su vida privada... doblemos la hoja, que da asco tocar eso, se



Anverso y reverso de una ficha de pago del ingenio La Reducción, que fue de don Emilio Posse hasta 1890 aproximadamente.



El cura José María del Campo: terror de la montonera en el Norte, fue gran amigo de los Posse.

expresa en los siguientes términos respecto de nosotros: ...“;Y para colmo de desventuras, tienen por ahí un mulatillo Colombres, mashorquerito de pluma, que es el terror de la sociedad, porque no respeta ni la dignidad de los vivos, ni los huesos de los muertos, ni el sagrario del hogar doméstico! ;Es hijo de tigre! Desciende de aquel médico Colombres que hizo tan larga y provechosa carrera sin más bagaje que su figura gallarda y su cara donosa... Es federal de raza, nieto del Peludo Gutiérrez, de triste recordación: el suelto, el hecho local, la viruta del Orden es el remedo de la verdad de toro con que mandaba azotar su abuelo”...

No se necesita saber más, para tener una idea de cómo daba y recibía Benjamín Posse, hijo de un hermano de don Pepe, llamado Benjamín, y de doña Vicenta Alvarez. El cura Lucas Córdoba, de Monteros, lo bautizó de socorro, y tenía “4 meses, 5 días” cuando, el 17 de abril de 1853, lo olearon en la Catedral de Tucumán.

Desde mozaibete hizo periodismo en Buenos Aires. Redactor de “El Pueblo Argentino” y “La Tribuna Nacional”, al frente de “El Figaro” hizo “derroche de sarcasmo y gracia” para defender al gobierno de Juárez Celman, y dedicó a Roca un extenso panegirico en libro. A pesar del parentesco, don Pepe no le dispensaba mucha confianza: “espía de la policía”, lo marcó en una de sus cartas a Sarmiento. Su tiempo tucumano vino después de “La Tribuna Nacional”, donde permaneció de 1874 a 1877. Ese año cayó por la ciudad para encargarse de la redacción de “La Razón” y, al mismo tiempo, de una cátedra de Filosofía en el Colegio Nacional, que por entonces dirigía don Pepe.

Desde “La Razón” aplicó garrotazos a troche y moche, y se trenzó en una desbocada polémica con el padre dominico Angel María Boisdron. Todo empezó cuando este ilustrado sacerdote, desde el púlpito, denunció como perniciosas para la juventud las teorías que Posse lanzaba desde su cátedra del Colegio. Las réplicas y contrarréplicas —que ardieron en las páginas del diario de abril a junio del 87— tuvieron repercusión nacional. El editorial terminaba llamando a la reflexión a los encarnizados contendientes. Pero no sólo la cuestión religiosa se hizo un remolino cuando Posse metió mano. También las aguas políticas se encrespaban con sus desbor-

des. El 12 de diciembre de 1878, planteó una formal denuncia ante don Cirilo Gramajo, intendente general de Policía en Tucumán: según ella, el director de "El Argentino", don Manuel Gorostiaga había contratado un matón para hacerlo asesinar. Redactor de "El Interior" en Córdoba, diputado al Congreso de la Nación, miembro del Consejo Nacional de Educación, tuvo una cátedra de Filosofía en la Universidad de Córdoba, y dejó una traducción de "El espíritu nuevo", de Edgard Quinet. Casado con doña Josefa del Campo, murió en Buenos Aires el 16 de octubre de 1889. "Fray Mocho" lo retrató así:

"Era Posse hombre de mediana talla, huesudo, falto de carnes, un tanto cargado de hombros y de pecho saliente y estrecho; su fisonomía era de líneas agudas, encuadrada por una barba castaña escasa y lacia y por una cejas pobladas y movibles que servían como de zócalo a una frente ancha, despejada y ligeramente curva; su boca era de labios finos, suavemente encorvados, y algunas arrugas en la comisura le daban el aire de sonreír y una expresión de ironía que ponía en guardia a cualquier observador; sus ojos eran pardos y tenían un aspecto de dormidos, contribuyendo a ello el conjunto de la cara, de mejillas más bien gruesas, que caían en dos surcos profundos formados entre los pómulos y la nariz, perdiéndose en la barba que usaba recortada en punta. El conjunto del rostro, la expresión, tenía algo de Olegario Andrade. Caminaba generalmente con paso tardo, el sombrero en la nuca, la cabeza ladeada, los hombros encogidos, las manos en los bolsillos del pantalón y el bastón bajo el brazo. Su cuerpo revelaba enfermedad, cansancio, fatiga, pero en su rostro se veía luz de ideas".

DAVID, EL MEDICO

Ramón Posse (hermano de don Wenceslao), y doña Genuaria Zavalía (hija del constituyente del 53, doctor Salustino Zavalía), fueron los padres de David Posse, que nació en Tucumán el 2 de noviembre de 1861. Egresado del Colegio Nacional en la promoción de 1879, obtuvo su doctorado en Medicina en la Universidad Nacional de Buenos Aires, con tesis sobre "Consideraciones sobre la higiene del parto y del puerperio". Corría el año 1866. Ni bien vuelto a Tucumán, se encontró con

LOS POSSE

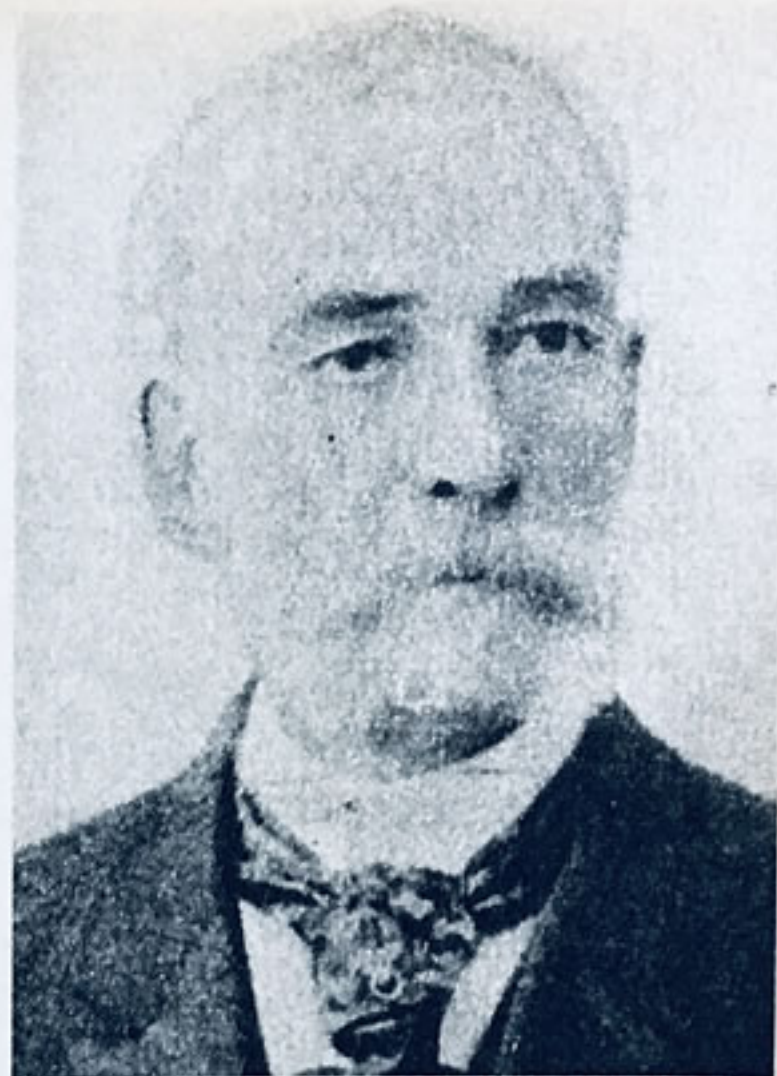
las accidentadas jornadas de la revolución juarista y luego el cólera del 87.

Posse fue un herolco médico de esos días. Según los recuerdos de "El Orden", junto con el doctor Alberto de Soldati, su primo, debieron enfrentar en una ocasión a un hombre desorbitado que, cuchillo en mano, los amenazaba de muerte si se atrevían a entrar a su casa, donde había una colérica. Médico, enterrador de los cadáveres que los aterrados vecinos dejaban tirados en la calle, no hubo ninguna tarea que Posse no cumpliera con recia dedicación. Finalmente, enfermó él mismo de cólera, aunque logró sobrevivir.

En la "hoja ilustrada" de "La Razón", se publicó a toda página su retrato, como homenaje por su conducta durante la epidemia. Actuó en política: fue jefe de Policía en 1892 y figuró entre las cabezas del viejo Partido Liberal, aunque no ocupó las posiciones a que parecía llamado por su preparación y su energía. Acaso lo traicionaba ese desbocado huracán que era su carácter, esa vehemencia que lo marcó entre los contemporáneos. Cultivó caña y crió ganado en la estancia "El Barrialito", de Ranchillos, junto con su hermano Luis. Una veloz enfermedad se lo llevó el 4 de octubre de 1895: filosóficamente, quince días atrás había pronosticado, con exactitud, la justa fecha de su fin. Quedó viuda doña Lucía Costanti, su esposa, que lo sobreviviría casi treinta años, con hijos pequeños. En el retrato que se conserva del doctor David Posse se advierte el cuello ancho, un gesto como de alarma, el bigote lleno y de puntas caídas, el recio pelo estallando sobre la frente despejada.

En este trabajo, solamente nos hemos referido a las cuatro primeras generaciones de los Posse. En la primera encaja don Manuel; en la segunda, don Felipe Posse y Tejerina; en la tercera, tres de los Posse y Talavera (hijos de un Posse y Tejerina), los hermanos Wenceslao, Juan y Emidio, y un Posse e Insúa (hijo también de un Posse y Tejerina); en la cuarta, don Benjamín y el doctor David Posse (nietos ambos de los Posse Tejerina).

Creemos que son los más representativos, dado que llevaron en sí todas las características de la familia: el espíritu



Don Juan Posse: fue el gobernador "cívico", que se alzó contra Juárez Celman.

independiente, la concentración de fuertes odios y fuertes amores, la fortuna, el poder.

LO QUE EL VIENTO SE LLEVO

Hasta la primera década del siglo, en que murieron, sucesivamente, don Wenceslao, don Juan y don Pepe, nadie pudo disputar a los Posse su formidable predicamento en el medio. En ninguna contingencia, política o militar, dejaron de jugarse, de influir y de decidir. Hablaron de igual a igual con los protagonistas nacionales de la organización y fueron, virtualmente, dueños de la provincia donde actuaban, en una vasta área al menos.

Después, el viento se fue llevando los ingenios azucareros, las grandes casas, las estancias y los inmensos plantíos de caña. Los descendientes siguieron apareciendo en política, pero su actuación ya no tuvo el signo perentorio, indiscutido, que marcará los tiempos de don Pepe, de don Juan, de don Wenceslao. Eran otras épocas. Ellos pertenecían al tiempo heroico de los Gutiérrez, de los Taboada, del ferrocarril, de las revoluciones tucumanas con muertos y heridos: los años en que el poder se tenía con todo.

No tuvieron suerte con la posteridad. A muy pocos llamó la atención estas vidas tan intensas, tan exigentes. Salvo Grousac en el caso de don Pepe, nadie se preocupó por reconstruir su rastro: a nadie interesó el fenómeno de este clan que as-



Benjamín Posse: un periodista de pluma cáustica, que protagonizó polémicas célebres en su tiempo. El padre Angel M. Boisdron: con él polemizó violentamente Benjamín Posse.

cendió vertiginosamente al poder y se mantuvo arriba, desastrosamente, por muchos años. Ningún curioso del pasado —ni siquiera un historiógrafo del hecho menudo, como decía Carbia— consideró atractivo investigar el tiempo de los Posse.

En su provincia natal, solo don Juan Posse tuvo la suerte de que pusieran su nombre a una calle de la capital. Los otros quedaron olvidados, como si tanto tiempo después de muertos siguieran dando recelo. Sin embargo, en el ingenio

Esperanza —formidable en su tiempo y hoy abandonado— que fue la expresión industrial más explosiva de su poderío, los viejos campesinos suelen recordarlos.

Don Serapio Alvarez, con 80 años a cuestas, memoró para "La Gaceta" (edición del 7 de junio de 1971), los tiempos en que fue mozo de los Posse, cuando tenía siete años apenas. "Eran buenos los Posse. Cuando ellos vivían teníamos prosperidad", dijo mirando al horizonte, desde la galería de su humilde vivienda, en Delfin Gallo. En la versión de don Serapio, solo el mismísimo Diablo podrá hacer que vuelvan las vacas gordas a Esperanza, a esas calderas silenciosas, a esas casas invadidas por el pastizal. "El Diablo —explicó— es el 'perro familiar' que ahora anda suelto aunque aparece muy poco, porque ya no tiene quién se haga cargo de él. Los Posse eran hombres bien puestos. No le tenían miedo y se le paraban delante. Yo lo he visto varias veces al 'familiar', porque duermo en el patio. Es grande, de dos colores, negro y plomo. Tiene los ojos siempre medio ardiendo. Cuando él pasa, todos los perros se callan...". ♦

